

CAPITULO V.

LA FUNDACION LEGAL DE LA REPUBLICA EN FRANCIA.

Hace ya cinco años que seguimos con creciente anhelo el desarrollo de la política democrática en la nación francesa. Aunque otros títulos no tuviera, su vecindad á España, su parentesco de raza y de sangre con nosotros, su influjo decisivo en nuestros destinos desde comienzos del siglo xviii, cierto instinto de propia conservación al fin, impulsáronos á ver y estudiar los sucesos políticos de Francia con patriótico interés y con profundísima emoción. Salida de su cesarismo odioso, que despues de haberla envilecido, la entregó desarmada al extranjero, gobiérase desde entonces por una Asamblea, que en circunstancias críticas y angus-

CAPITULO V.

LA FUNDACION LEGAL DE LA REPÚBLICA EN FRANCIA.

Hace ya cinco años que seguimos con creciente anhelo el desarrollo de la política democrática en la nación francesa. Aunque otros títulos no tuviera, su vecindad á España, su parentesco de raza y de sangre con nosotros, su influjo decisivo en nuestros destinos desde comienzos del siglo xviii, cierto instinto de propia conservación al fin, impulsáronos á ver y estudiar los sucesos políticos de Francia con patriótico interés y con profundísima emoción. Salida de su cesarismo odioso, que despues de haberla envilecido, la entregó desarmada al extranjero, gobiérase desde entonces por una Asamblea, que en circunstancias críticas y angus-

tiosas nombró el sufragio universal para dar término á desastrosa guerra. Esta particularidad, muy digna de tenerse en cuenta; las desgracias inevitables del primer Gobierno que tuvo la revolucion triunfante; las derrotas generales de los ejércitos franceses; las duras condiciones de la paz; los sacrificios necesarios del territorio y del Erario nacional; las locuras de la Comunidad de París que nació entre motines y murió entre incendios; el encono de los partidos, la inexperiencia de los republicanos, el fanatismo de los legitimistas suscitaron obstáculos, y obstáculos insuperables al Gobierno de un pueblo móvil, nervioso, impresionable por una Asamblea de setecientas cabezas, rota en innumerables fracciones y próxima á convertirse muchas veces en confusa Babilonia.

Pero habia allí dos principios, ó mejor dicho, dos reglas de conducta esencialmente saludables. Partiendo de la soberanía indisputable ya de la nacion, y proclamando como órgano de esa soberanía el sufragio universal, Francia quitaba los dos escollos en que se han estrellado los ensayos de sus gobiernos democráticos, el escollo de la revolucion y el escollo de los golpes de estado.

Y, en efecto, este escrupuloso respeto á la legalidad, lo ha salvado todo, lo ha resuelto todo, dando á su Gobierno esos dos caracteres de conservacion y de progreso, que los gobiernos han menester para durar en nuestro siglo.

¡Cuántas veces tentaban los avanzados al partido republicano á que entrase en el camino proceloso de las revoluciones! ¡Cuántas veces solian decirle que teniendo muchos chedumbres dispuestas al combate en Lyon, Burdeos, Marsella, debian lanzarse en la pelea y reivindicar su derecho por la fuerza! Pero el partido republicano, aleccionado en larga experiencia, devoraba todos sus dolores y se mantenía en el círculo de sus exactos derechos. Y lo que sucedia con el partido republicano, sucedia con los dos respetables jefes del Estado que Francia ha tenido dichosamente á su cabeza. Cuando no se entendian los partidos en la Asamblea, cuando sus discusiones degeneraban tristemente en pugilatos, cuando toda solucion se alejaba y parecia venir el caos, muchos conservadores levantaban los brazos suplicantes á los dos ilustres magistrados y les pedian que disolvieran á viva fuerza la Asamblea y ape-

laran de ella en la seguridad de purificadora absolucion al juicio infalible de la pública conciencia y al fallo indeleble de la más remota posteridad. Pero los dos presidentes, lo mismo el estadista que el militar, dignos ambos de su alto encargo, prefieren pasar por todas las angustias de la incertidumbre, por todos los peligros de una autoridad provisional, á desconocer y desacatar la base verdadera de las sociedades libres, la base de la legalidad. Y hoy tranquilos, satisfechos, con la conciencia serena y la vida sin mancha, pueden asegurar que han llegado al puerto, y que han establecido un gobierno regular, tan alejado de las reacciones como de las revoluciones, en su noble patria.

Si, la solución última ha sido, como todas las soluciones durables, de transacción. La Asamblea se ha encontrado con ciudades ardientemente liberales, con regiones del territorio nacional democráticas de abolengo, con la juventud de las universidades enamorada de ese ideal, con un partido antiguo que tres veces en el presente siglo ha implantado esa forma de gobierno; y ha sabido dar á todas esas aspiraciones, á todos

esos intereses una satisfacción, dándoles ya en definitiva la República. Pero al mismo tiempo se ha encontrado con que una parte considerable de la nación detesta los cambios bruscos, las utopías descabelladas, las innovaciones peligrosas, la revolución, sobre todo, y á esa parte le ha dado, como contrapeso de la República, la alta autoridad del Presidente con derecho de disolución cuando se desavenga del Congreso, el plazo de siete años á esa presidencia, la reelección, las dos Cámaras, todas las garantías que pueden hacer á una magistratura duradera y estable.

Ahora bien, la Asamblea de Versalles ha procedido con verdadero patriotismo y con elevación verdadera. Monárquica en su mayoría, ha visto que las competencias entre las tres familias rivales imposibilitaban por completo la Monarquía en Francia. Y ha visto más, ha visto que la proclamación de una de las tres dinastías, el excluir á las otras, quizá sembraba la guerra civil en lo futuro. Y con una abnegación, que nunca ensalzará bastante la historia, ha concluido por aceptar la forma de gobierno que más cuadra á las democracias; y ha proclamado

definitivamente la República. Pero el partido republicano á su vez ha hecho grandes sacrificios. Su tradicion jacobina, su intransigencia histórica, su Cámara única, su presidente ilusorio, sus más caras creencias, todo lo ha sacrificado á una honrosa transaccion que pudiera salvar las dos condiciones esenciales de un poder democrático, la amovilidad y la responsabilidad efectiva.

Hoy la Asamblea francesa, que despues de tantas vacilaciones y tantas dudas, ha llegado á una solucion satisfactoria, sabrá con energía mantenerla y completarla. Mucho, muchísimo ha tardado en dar una solucion definitiva; pero esta gran tardanza ha prestado á su obra una solidez que no podrán alcanzar jamás las improvisaciones revolucionarias. A su vez el mariscal Mac-Mahon es prenda segura de estabilidad. Su honradez y su lealtad la preservan de toda tentacion ambiciosa. Su fidelidad al juramento prestado le aseguran el aprecio universal del mundo civilizado y el lauro imperecedero del renombre histórico. Militar, sabe que la milicia ha de subordinarse á las leyes, y ha de ser el brazo más firme, pero de ninguna manera la cabeza del Estado.

Así puede estar segura Francia de que no será el general Mac-Mahon quien la arrastre á las dictaduras sustituyendo la voluntad caprichosa de un hombre, ni las proclamaciones tumultuarias de un ejército á la expresa y manifiesta soberanía de la nacion. El firmísimo tacto político mostrado por la Asamblea francesa y la fidelidad inquebrantable á sus juramentos mostrada por el general Mac-Mahon dan desde hoy mismo á Francia áncoras fortísimas de estabilidad y de paz.

Pero veamos cómo se verifica este cambio é historiemos las últimas sesiones. Era el jueves 28 de Enero el dia destinado á votarse la enmienda de Laboulaye, concebida en estos términos: «El Gobierno de la República francesa se compone de un Presidente y de dos Cámaras.» Desde los primeros momentos de la sesion los diputados estaban reunidos en el edificio; pero no estaban en el salon. Mantenia, como si recitara una salmodia, su antigua receta de República radical y avanzada, el diputado Naquet, sin que nadie le prestara oidos, porque las Asambleas deliberantes no son cátedras de derecho político, sino centros de grandes con-

tiendas políticas. Y la contienda política no estaba empeñada entonces entre la República radical y la República conservadora, sino entre la República conservadora y la Monarquía: que no otra cosa sino la Monarquía ó su regencia es el puro septenado, sostenido por la derecha de la Cámara.

Al fin, á eso de las cuatro de la tarde, subió Mr. de Laboulaye, ardentemente esperado, á la tribuna de Versalles. La atención se concentra toda entera en su persona y en su discurso. No se oía materialmente respirar en la Cámara. No es el célebre maestro del Colegio de Francia lo que puede llamarse un grande orador; pero es indudablemente uno de los más disertos y más agradables conversadores de la Cámara. Su discurso tenía un objeto concreto, y este objeto lo alcanzó admirablemente. Propúsose persuadir al centro derecho á votar por la República, no como la forma más justa de gobierno, sino como la forma más necesaria y más conservadora. Dado este propósito, no puede encontrarse una arenga más oportuna y más hábil. Francia es inmenso taller. Este taller, donde todo el mundo trabaja, necesita seguridad. Esta seguridad no puede

nacer de un Gobierno provisional, nace necesariamente de un Gobierno definido. El único Gobierno que puede definirse y fundarse es el Gobierno republicano. La Monarquía de Chambord se ha desvanecido por sí misma. El ilustre príncipe no quiso trocar su autoridad heredada por los colores de la revolución que habia perseguido y destronado á su familia. La otra Monarquía que pudiera reemplazar á esta es el Imperio; Monarquía dictatorial dentro, que habrá de confiscar todas las libertades para vivir; Monarquía conquistadora fuera, que habrá de encender la guerra en el mundo para vengar la catástrofe y lavar la afrenta de Sedan. Hoy no existe, pues, otra forma de gobierno que la formá republicana en Francia. Muchas imputaciones se le han dirigido. Muchas calumnias se le han lanzado. Revuélvense todavía los archivos históricos para encontrar pruebas y argumentos contra la República francesa. Pero la historia no se repite. Las reapariciones históricas son, á la verdad, tan extrañas y fantásticas como las reapariciones de los muertos. Llevamos muy cerca de cinco años de República en Francia. ¿Y qué principios fundamentales de la

¿La sociedad ha atacado esta República? ¿Por
ventura la propiedad? Todos los rentistas
cobran sus rentas, todos los trabajadores
guardan y acumulan, si les place, los frutos
de su trabajo. ¿Por ventura la familia? No
se ha presentado ninguna proposición que
pida el divorcio con todas sus consecuencias
y que ataque la indisolubilidad del matri-
monio. ¿Por ventura la religión? Los perse-
guidos en otras naciones van á buscar un
asilo y un refugio en el regazo de Francia.
Siendo esto así no hay pretexto alguno para
pedir y para desear que caiga una República
láncora de todos los derechos, seguro de to-
dos los intereses legítimos. Mas hay muchos,
muchísimos motivos para pedir que salga la
nación de lo provisional y entre en la lega-
lidad. Para esto no hay más remedio que
proclamar la República. Tened, gritó Mr. de
Laboulaye con verdadera angustia, tened
piedad de Francia.

El efecto de este discurso fué inmenso.
El estado de la Cámara era admirable. La
izquierda estaba unida como un solo hom-
bre; la derecha desconcertada é indecisa.
Pidieron los republicanos que se procediera
á votar, y protestaron los monárquicos. Se

no votó la petición de los republicanos y obtu-
vo mayoría. Esta mayoría era una señal de
que iba á ganarse la batalla, cuando se le
ocurre á Luis Blanc en mal hora pedir la pa-
labra. Será el antiguo socialista un gran
escritor, un gran orador, no disputemos; pero
es un pésimo político. Su desdichada inter-
vención en la República de Febrero, sus es-
túpidas maniobras del Luxemburgo, sus va-
nitas utopias sociales, sus locas manifestacio-
nes de trabajadores, su declaración de guer-
ra á la Asamblea por no haber fundado la
quisicosa que se llamaba ministerio del pro-
greso, su triste papel en la irrupción del
mes de Mayo, que dispersó á los diputados
é hirió en el corazón á la democracia, la
complicidad moral de sus descabelladas ideas
con los horrores de la guerra civil desatada
en Junio, hacen de Luis Blanc un personaje
funesto á la libertad de su patria, y por con-
secuencia á toda la libertad europea. Parece
que veinte años de destierro, largos cursos
de política práctica en la sensata Inglaterra,
las pavorosas catástrofes de los últimos tiem-
pos, el mucho camino desandado en los días
de exaltación y de fiebre, el mucho camino
andado en los días de mesura y de pruden-

cia, debian haberle abierto los ojos y haberle desengañado de los dogmatismos estériles y de las intransigencias dementes y suicidas. Pero nó, sería un gran sacerdote de cualquier secta oriental, y es un triste diputado de nuestros tiempos de transaccion, en que se debe contar para todo con la realidad vi- viente y con el dato de lo posible. Por no alcanzar la República de sus ensueños es capaz de sacrificar la República real, la República victoriosa. Hace de su consecuencia un Dios, de su idea un ídolo, de sus juicios las suras del Koran. Para un hombre así la patria no significa nada, la libertad nada, la democracia nada; lo que importa es el propio sistema con todas sus proporciones y todos sus dibujos. Cuando se nace con una vocacion exclusiva de profeta, se va uno á fundar cualquier religion, cualquier secta, aunque sea de espiritistas, y no se viene á ninguna política, ni se inscribe en ningun partido. Para estar absorto en la contemplacion de sí mismo, de la conciencia propia, de las propias ideas, ahí están los yhoguis de la India, que dejan á las aves anidar en sus espaldas, mientras se miran atónitos y absortos el ombligo; mas para luchar en po-

lítica se necesita formar parte de la legion sagrada de los partidos, é ir con ella aceptando todo género de sacrificios, ó ir con ella al combate. Y en virtud de esta ley no debe el estadista proceder como un filósofo, que sólo mira á la conciencia, sino como un político, que debe mirar tambien á la realidad y á la historia. Y no hay cargo alguno que sea tan complejo, tan múltiple, tan colectivo, como el cargo de diputado. En primer lugar, no se representa sólo á sí mismo, no representa su conciencia individual, representa un gran número de electores, que son á su vez elementos considerables de un partido. En segundo lugar, pocas veces vota un diputado aquello que quiere, sino aquello que está más cerca de lo que quiere. Y si por no realizar todo el ideal en toda su pureza no se vota, vale más dejarse las Asambleas por inútiles, é irse á las academias. Lo cierto es, que por una República sin Cámara alta y sin presidente, República imposible, Luis Blanc mató en la Asamblea la República con dos Cámaras y con presidente, que habia ya triunfado. Su intervencion importuna en el debate agrió los ánimos, borró el influjo de la arenga de Laboulaye,

desconcertó á la izquierda, rehizo á la derecha, dió armas contra la República á sus adversarios, y logró que un triunfo indisputable se trocara en una indisputable derrota. Puesta segunda vez á votacion la demanda de si debía darse el punto por suficientemente discutido, resultó aplazada la votacion para el dia siguiente, y con el aplazamiento resultó vencida la proposicion de Laboulaye. ¿Y para qué? Para que al dia siguiente estos mismos diputados de la pura intransigencia tuvieran que ceder á las instancias de sus amigos y tuvieran que votar en la urna la proposicion rechazada en la tribuna. Pero con este socorro veintitres votos faltaron para vencer á los republicanos. Por fin, una enmienda de Wallon, declarando que el presidente de la República seria elegido por las dos Cámaras y reelegible al término de la presidencia, enmienda que contenia virtualmente la República, se ganó por un solo voto, y mediante este voto ha entrado Francia en condiciones de legalidad y ha fundado un gobierno duradero y estable. ¡Que Dios la bendiga y que le conserve la libertad!

—

CAPITULO VI.

RESOLUCION DE UNA CRISIS.

Francia ha resuelto, y ha resuelto admirablemente todas sus cuestiones. Despues de tantas perplegidades, de dudas tan terribles, una mayoría se ha formado, y esta mayoría ha convenido en que las dos bases de la nueva situacion serian una política francamente republicana como ideal, y otra política francamente conservadora como norma y regla de conducta. Mucho les ha costado á los corifeos del centro derecho un sacrificio de esta clase, el sacrificio de su antiguo ideal monárquico; mucho les ha costado otro sacrificio análogo á los corifeos de la izquierda, el sacrificio de su Cámara única, de sus principios radicales, de su tradicion jacobina; pero ante las exigencias de la situacion

y ante la salud de la patria, se han pospuesto las convicciones personales, y aun de partido, al bien y á la seguridad personal. La República es ya el hecho y el derecho; es la legalidad actual de Francia y la legalidad definitiva, continuando en su obra de emancipar á las democracias y oponer fuerte antemural á los embates de las revoluciones.

Mucho ha costado este pacto; pero mucho valia. Para concluirlo han sido necesarias circunstancias bien extrañas y hechos bien graves y trascendentales. Cuando aparemiaba la solución aparecieron las maniobras bonapartistas en toda su desnudez y con todos sus peligros. Una elección reciente reveló su fuerza indomable. Y esta revelación trajo el terror consiguiente á una caída material y moral que pudiera ser la definitiva destrucción de Francia. Imposible describir las organizaciones formidables de que se han valido y los grandes medios para extender el bonapartismo por todas partes: empréstitos en el extranjero; conversión de las sociedades de crédito en sociedades de propaganda; impresos repartidos con una profusión digna de la fecundidad que tiene la naturaleza; fotografías del príncipe imperial á

millares; recuerdos de la leyenda napoleónica; promesas dadas á todas las clases, lo mismo al jornalero del taller, que al jornalero de los campos, lo mismo al sacerdote que al demagogo; leyendas convirtiendo al fugitivo de aquel Sedan ignominioso, en verdadero Cristo vendido y crucificado. La idea bonapartista subía como la espuma, y llegaba á amenazar la República. Ningun medio, ninguno se perdonaba para alentarla. Varios antiguos socialistas resucitaban el apocalipsis de redención social uniéndolo al mesianismo de los Bonapartes. Otros decían estas maquiavélicas palabras en circulares difundidas por todas partes: «No sabemos qué piensa el general Mac-Mahon de la restauración de nuestro príncipe. El gran papel que ha representado en el Imperio debía empeñarle en procurarla. Pero piense como quiera, conviene difundir entre las muchedumbres la especie de que su política se encamina á la restauración.» Dadas todas estas maniobras, todos estos peligros, no cabe duda alguna de que la incertidumbre sólo servía á fortalecer el Imperio. La resolución de los partidos superando las diferencias y conviniendo en programa comun, ha sal-

vado la República de una grande asechanza y la nacion de una gran deshonra. ¡Llor al patriotismo de todos!

Es verdad que todavía se presentan dificultades gravísimas. La mayoría es demasiado confusa, el centro derecho demasiado enemigo del centro izquierdo para que pueda resultar un ministerio duradero y viable. M. Buffet, á quien todas las fracciones republicanas han designado como Presidente y á quien la opinion designa como jefe del Gabinete, tiene escrúpulos invencibles para formar un Gobierno viendo los elementos contrarios y hasta enemigos, forzosamente incluidos dentro de su seno. Una gran desgracia de familia ha servido para agravar esta triste situacion de su ánimo y para arraigarle en la idea de no aceptar el ministerio. Pero no habiendo quien represente con tantos títulos como él esta mayoría, exigida por necesidades incontrastables de la política, se ha resignado y forma el ministerio. Es verdad que en su formacion ha tropezado con las dificultades previstas. La presidencia se inclina mucho á la fraccion Broglie, y la fraccion Broglie no puede entrar sin descomponer el ministerio. Los mode-

rados del centro derecho demandan grande participacion, participacion mayor en el botin de la que han tenido en la victoria. Y á sus demandas opone invencible repugnancia la izquierda. Lo más parlamentario es lo menos acepto al presidente; un Gobierno compuesto solamente de los vencedores. Y lo que no podria aceptarse á la verdad, seria que tratándose de aplicar leyes constitucionales votadas por la abnegacion de todos, se eligiese alguno de los ministros entre las filas de la minoría. La fortuna con que se han vencido las dificultades presentes, promete igual felicidad en las dificultades futuras. Esperémoslo en bien de la Francia republicana y en bien de la cultura moderna.